

Entre tú y yo jamás ha habido  
un círculo, aunque sea tenue, de plata  
o de oro, una mínima  
presión en uno de tus dedos  
que le recuerde a tu circulación  
que existo. Hay quienes no conciben  
que dos se quieran  
sin un anillo de por medio.  
Confían que no perdura amor  
si no lo alumbra un aro.  
Los tuyos, con sus historias turbias, me intimidan.  
¿Dónde cabría mi anillo en una mano tan completa?  
¿Qué añadiría su brillo a tanto imperio?  
Mejor dejarte con tus sortijas  
entre las cuales  
la mía sería una intrusa  
y si alguien cree que apenas nos queremos  
al ver que nada mío amordaza tus huidas,  
que falta el lazo que declare nuestro vínculo,  
la argolla que sujeta el barco  
y nuestras manos siguen vírgenes, casi ajenas,  
mostrémosle, en vez de anillos, las heridas  
que desde hace tanto nos hicimos,  
las cicatrices que no brillan  
porque su resplandor es de otra índole. —